Un cuento ya contado

Alejandro Pascual Hernández

Capítulo 1

Sabemos que las primeras palabras dichas deben ser escogidas con cuidado, pues de ellas depende parte del recuerdo y, por supuesto, nuestro apetito por seguir leyendo. Son estas los ojos de una historia, nos atrapa su forma y el carácter de su mirada. También, como los ojos, pese a ser relativamente minúsculos comparados con la inmensidad de la persona, son lo más complejo y lo más íntimo. Definen pues a la persona casi sin la necesidad de que esta se explique. Por este motivo consideramos de suma importancia su cuidado, no solo para conservar su belleza, sino, también, para que una mirada desafortunada no desvíe la atención lejos de nuestras intenciones, que son las de darnos a conocer.

Aclarada la importancia de estas, nuestras primeras palabras, procederemos a decirlas. Y es en este punto cuando debemos confesar tener un problema, pues el conocimiento que tenemos de estas solo abarca su importancia y no a cuáles son o serán. Es este nuestro primer obstáculo a sortear y es, para ser sinceros, uno que nos produce una sensación parecida al vértigo. Nos preguntamos pues ¿Cómo podemos hacer que sea bello y profundo algo que ni siquiera es? Debemos volver a ser sinceros con el lector y matizar algo dicho. No nos encontramos ante una mar llana de ideas, pues hay oleaje, y es este el que nos ha arrastrado hasta esta orilla desde donde escribimos. El problema concreto es otro. No nos consideramos capaces de narrar con suficiente justicia y respeto historias que, creemos, merecen ser contadas. Queremos dejar esto claro puesto que, aunque no nos consideramos lo suficientemente buenos escribiendo, sí que tenemos ganas de escribir y pedimos perdón si al hacerlo caemos en simplificaciones, olvidamos matices o, simplemente, lo hacemos mal.

Dicho esto, procedemos a contar un cuento que pudo o no ocurrir. Mas el lector no debe darle mayor importancia a esta consideración puesto que, aunque la historia concreta pudo o no suceder, la otra historia si ha ocurrido y, de hecho, ya ha sido narrada.

Así pues, comencemos a contar un cuento ya contado.

Era una mañana demasiado fría para pertenecer a aquel verano, pero esto todavía no lo sabía el muchacho. Aun así, no faltaron excusas que su mente maquinó para quedarse cinco minutos arropado en la cama que lo atrapaba con su comodidad. Perezoso, como no podía ser de otro modo, se levantó de su cada vez más apetecible lecho y se dirigió a la cocina. Su café mañanero le esperaba, frio. Lo mezcló con algo de leche, no mucha, pues no quería que el sabor de este desapareciese. Tampoco le puso azúcar, por la misma razón, y, efectivamente, la taza sabía exactamente a su gusto, que quizá sea demasiado amargo para el resto de nosotros. Mientras realizaba este ritual que una y mil veces ya se había realizado,

seguía buscando excusas para no ir a “El pico”.

Quizá debamos poner todo esto en contexto. De manera simple, el día anterior el joven había decidido hacer una excursión al punto más alto del territorio de su pequeño pueblo. La idea de subir a “El pico”- así llamaban a este sitio en la zona- había aparecido en su cabeza de improvisto, sin relación alguna con los deseos que había tenido a lo largo del día. Quizá sea por esta razón que la idea de abandonar su enmienda fuese tan suculenta, pues no dañaba ningún trato ni promesa más que la que se había hecho a sí mismo. La pereza que se tiene por las mañanas se juntaba con la pereza de andar y andar durante kilómetros, sin mayor razón que la de habérselo propuesto, como una especie de reto personal. Se dijo a si mismo que quizá, aunque todavía el sol no había erminado de descubrirse por el horizonte, fuese demasiado tarde para poder hacer la excursión y llegar a casa a tiempo para la comida familiar. Esta y otras ideas pasaron por la cabeza del joven mientras tomaba su muy amargo café. De repente, el mismo impacto que el día anterior lo había llevado a la decisión de realizar aquella caminata, chocó contra la pereza y las dudas. Se puso un buen calzado, pues el sendero lo requería, metió algo de fruta y agua en su pequeña mochila y salió de casa rumbo norte.

Era una mañana de esas que congelan el aliento, pero que sin embargo se pueden sobrellevar con una simple chaqueta, no demasiado gruesa. El cielo todavía tenía el azul blanquecino del hielo, claro y frio como este. No soplaba ni una leve brisa, lo cual era de agradecer, pensó. No se oía ninguna voz a su alrededor, de hecho, si no fuera porque algunas golondrinas y gorriones habían decidido madrugar tanto como él, no se oiría nada. Este silencio dejó solo con sus pensamientos a nuestro protagonista, cosa que no le incomodaba del todo. Es más, una de las razones para subir a la cumbre que ahora aparecía en su cabeza era la de usar todo este periplo como una forma de meditación, de cura. Es aquí cuando debemos aclarar una faceta de nuestro amigo. Gustaba de darle vueltas en la cabeza a algunos temas más de lo que, en nuestra opinión, era necesario. Si bien es verdad que muchas veces intentaba evadirse de todo aquello escuchando música y, sobre todo, escuchando a otras personas, normalmente dedicaba gran parte del día en escucharse a sí mismo. El lector decidirá si es esto bueno o malo, nosotros no le daremos mayor importancia que la de dedicarle unas pocas líneas en la historia, pues consideramos que no es el tema que queremos tratar. Prosigamos pues donde lo habíamos dejado, el chico cruzó la calle.

Al otro lado se encontraba un callejón por donde debía pasar. En la sombra el frio era más intenso, tanto que dudó durante unos segundos si volver a por algo más de abrigo. Pero las dudas no fueron lo suficientemente fuertes como para hacerle vacilar en su paso. Siguió caminando decidido hacia la parte alta del pueblo, tan concentrado en la subida que no se dio cuenta de que un perro le seguía hasta que este chocó contra sus piernas. Era un cachorro, se notaba en su pequeño

tamaño y su vivacidad. A pesar de que el animal jugueteaba a su alrededor intentando llamar su atención, el joven se limitó a acariciar su cabeza y seguir con su paso que, como todavía no estaba cansado, era acelerado. Dejó atrás al cachorro y comenzó a subir por el camino, todavía de asfalto, que se tienes que seguir si quieres ir hacia el bosque del norte. Esta carretera serpenteaba entre inmensos pastos, pequeños huertos privados, cabañas de recreo y corrales para el ganado, en cuyos muros de piedra se podía apreciar el rocío vaporizándose. Cerca también pasaba un rio, el mismo que daba el nombre al pueblo y que nacía cerca de la cumbre de la montaña, por lo tanto, hacia donde nos dirigimos. La mente del muchacho casi había olvidado al perro que acababa de acariciar cuando, de repente, pasó por su lado como un torpedo de color blanco.

- ¡Qué perrito más simpático! - pensó- ¿Me seguirá porque le he hecho caso? Espero que pronto vuelva al pueblo, porque no tengo nada que darle.

Tenía collar, por lo tanto, no podía ser un perro abandonado. Quizá estuviera hambriento o quizá simplemente quisiera jugar. El protagonista jura en este momento que, en cierto modo, le ilusionó la curiosidad que el animal sentía por él. Pero pronto se convenció de que aquel cruce de caminos no era más que una mera casualidad, algo peculiar, pero casualidad, al fin y al cabo. Y así, siguió caminando.

El asfalto no tardó en convertirse en grava, y esta en tierra, arena y polvo de un color claro, casi blanco que, si no hubiera sido una mañana tan húmeda, teñiría el calzado y los pantalones del caminante. Al respirar la parte baja de las gafas se empañaba. No le importaba, pues lo más bonito tenía aquel paisaje se encontraba por lo alto. Aquellos pinos anaranjados en su tronco, delgados y sin ramas hasta su copa parecían, cuando mirabas hacia arriba, más altos e imponentes de lo que seguramente fuesen. Si observabas con detenimiento su parte más alta podías apreciar un cierto balanceo al son del viento que soplaba allá arriba. Esto provocaba cierto grado de vértigo, casi podrías apreciar como tu cuerpo también se encontraba allí, meciéndose. El silencio de antes ya no era tal, se podía oír el ulular del viento peinado por los cada vez más inmensos árboles. Los pájaros empezaban a despertarse y con ellos el revoloteo entre los matorrales. También se podía apreciar de fondo un rumor de agua chocando contra rocas, seguramente de una pequeña cascada que había en el rio anteriormente mencionado. Pero este rumor solo podías oírlo si estabas lo suficientemente concentrado, cosa que no sucedía con el muchacho. Su foco de atención apuntaba hacia ideas que habitualmente rondaban su cabeza. Ideas de lo que una vez fue e ideas de lo que una vez será o, mejor dicho, podrá ser. Voces que opacaban cualquier canto de los pájaros que ahora amanecían. Mientras caminaba, en su mente había un vaivén de recuerdos y futuros posibles.

Divagaba sin prestar atención al sendero, mirando sin ver hacia todas partes y ninguna. Si no tropezaba era porque conocía bien el camino. Envuelto en sus fantasías, el cachorro cruzó delante suyo.

Así sucedieron los primeros tramos del viaje, los más cercanos a su casa, en los que, aunque se encontrara uno rodeado de árboles, aun se percibía el aura del pueblo. Con movimiento pendular el muchacho iba y venía entre sus pensamientos más profundos y la imagen del perro correteando cerca de él. Confesamos no acordarnos de todos los temas tratados por la mente del joven, pues de ello hace ya mucho tiempo y el repertorio de sus divagaciones fue lo suficientemente amplio para no poder abordarlo en una hoja de este libro, quizá ni siquiera en dos. Por otra parte, sí sabemos qué dos recuerdos, por llamarlos de alguna manera, estuvieron más presentes en su cabeza, y es aquí donde nos gustaría aclarar que no desvelaremos en ningún momento el carácter de los mismos, no nos parece relevante, ni siquiera el número, 2, lo es. Como el tiempo no se va a parar solo porque nos parezca necesario dejar claro algunas cosas con respecto a nuestro protagonista, este, con paso ligero había llegado a la primera gran cuenta del camino.

La pendiente era muy pronunciada, mucho más de lo que lo había sido y sería el resto del camino.

Esto lo sabía el caminante, y por eso decidió tomarse con más calma aquel tramo. A medida que subía iba agotando las fuerzas y optó por parar de malgastar energía divagando en sus pensamientos para concentrarse en subir hasta la cima de aquella ladera. Solo el perro parecía no estar cansado. Tal era la pendiente que cuando llegó arriba y se incorporó a un pequeño sendero llano ya había recorrido la mitad de la ruta en altura y, sin embargo, esta todavía no había hecho nada más que comenzar.

Gris y monótona era la pista que seguía nuestro protagonista, como también lo sería la historia que preferimos no contra sobre este largo tramo del camino. Aunque el paisaje de los laterales del sendero cambiaba, pues aparecían y desaparecían pequeños robledales, se dejaban ver pequeños riachuelos y lagunas, y pequeñas ramas crujían con el paso de algún pequeño reptil; no lo hacía el modo de actuar del joven, el cual seguía con su vaivén de pensamientos. Tampoco parecía cambiar la actitud del perro el cual seguía con la misma energía juguetona. Solo los dos amigos parecían no avanzar en el tiempo pues, hasta el color del cielo se tornaba diferente del que tenía al comienzo de la mañana. Gris también eran ahora las nubes que los cubrían. La pista terminaba para dar paso a un sendero más estrecho a partir del cual desaparecía todo matiz que pudiese recordar al pueblo. El camino a partir de aquí sería algo más duro en comparación con el trayecto llano y largo inmediatamente anterior. En un momento dado, se debía incluso escalar por encima de unas rocas que se encontraban cerca de un gran pino de los que en la

zona se conocían como ilenarios”. Los altos arboles iban desapareciendo a medida que el chico se acercaba a la cumbre.

Estos eran sustituidos por frondosos brezos, y estos a su vez por extensas praderas verdes. El horizonte entre el cielo, cada vez más tormentoso, y la cumbre, que ya estaba a la vista del caminante, parecía diluirse. Esta también era gris, oscura, una cumbre rocosa. En esta parte del camino nuestros dos protagonistas parecían conocerse de toda la vida. Caminaban el uno al lado del otro y el más alto miraba al más joven y, cuando lo hacía, sonreía y el otro parecía corresponderle. Sin haberse dado cuenta el cachorro había sido compañero de viaje todo este tiempo y ya se había acostumbrado a su presencia, le complacía. Aunque la imagen del perro ya no le incomodaba ni un poco, el caminante seguía sin avanzar es su relación con sus recuerdos.

Por mucho que intentase concentrarse en subir por un camino cada vez más escarpado, seguía prestando más atención a posibles fallos que puedo haber cometido en un pasado que nos empeñamos en desconocer, y otros que podrá cometer en el futuro que de verdad no conocemos.

No ayudaba a mejorar el ánimo de este el hecho de que ahora también se dejaba oír el sonido inconfundible de los truenos. Solo el pequeño animal traía algo de luz a su mente. Cuando lo veía corretear por las praderas volvía a sonreír. Se acercaron a unas rocas de las que salían pequeños torrentes de agua, habían llegado al nacimiento del rio que esa misma mañana resonaba en la lejanía del bosque. Era hora de para y tomar de sus cristalinas aguas, como casi era tradición en la zona. Sentado, el chico oyó algo que en un principio no lo asustó todo lo que debiera. Cuando se dio cuenta de lo que aquel sonido significaba su sangre se heló.

En un principio el tañido del cencerro de ovejas no es nada que deba temer nadie. Pero no son las ovejas las peligrosas del rebaño, sino el perro y, en este caso, los tres perros que las custodiaban.

Grandes mastines que, si se sostuvieran sobres sus patas traseras, serian no mucho más pequeños en estatura que el muchacho. Al sonido de los cencerros se añadió el ladrido de los custodios, todos dirigidos hacia el cachorro que, con el rabo entre las piernas, se escondía detrás de nuestro protagonista. Este sabía que mientras permanecieran ladrando no les atacarían y decidió subir a la cumbre dando un rodeo, pasando por detrás de unas grandes rocas. Es en este punto cuando sucedió lo temido, los tres animales callaron y corrieron hacia ellos. Los dientes de uno de ellos se clavaron en las patas del cachorro. El joven se interpuso y los tres se alejaron hacia el rebaño, no mucho, no lo suficiente como para que desapareciera su miedo. “Volverán a atacar, y esta yo también puedo salir herido” pensó.

En la cumbre se posaban enterradas desde hace millones de años rocas gigantescas, solo esculpidas por el viento y la lluvia, el esqueleto de la montaña. Eran estas las que daban a la cima su estatus de "pico" y sobresalían de esta lo suficiente como para hacer que fuese algo más alto que las cumbres aledañas. En la base de estas piedras los lugareños habían dispuesto, hace ya muchos años, un pequeño altar donde se impartía pisa en ocasiones especiales. También, al lado de este, había una gran cruz forjada en hierro donde, pensando que estarían lo suficientemente alejados del peligro, los dos compañeros de viaje se sentaron para descansar y poder comer algo.

Intranquilo por todo lo ocurrido, el chico quiso saborear la manzana que llevaba cargando todo el camino, pero el sabor de esta se tornó amargo cuando, mirando las patas del animal, vio correr la sangre. De la misma forma empezaron a brotar lágrimas de los ojos del chico, mientras acercándose al oído del cachorro se dejó oír "Los siento, por mi estás aquí, sangrando. Lo siento".

A la tristeza y preocupación volvió a unirse el miedo cuando, volviendo la vista hacia el camino por donde había subido, se percató de que los perros pastores se aceraban, corriendo. No tuvo nuestro protagonista tiempo para lamentarse más, debía sacar a su compañero y a sí mismo de esa situación y, con el corazón latiendo al ritmo del pánico que sentía, decidió correr hasta la parte más alta de la cumbre, escalando las rocas. Mientras subía por encima de un peñasco se dio cuenta que el cachorro no era capaz de seguirle y, con los latidos cada vez más acelerados y los custodios cada vez más cerca, decidió volver para alzar a su amigo sobre todos los obstáculos que este solo no podría sortear. Así llegaron a la segunda cruz de metal, la que marcaba el punto más alto de su camino.

Esa mañana había salido de su casa con la intención de llegar al pico para contemplar las maravillosas vistas del valle, meditar y dejar que la brisa que solía soplar allá arriba se llevase todo aquello que atormentaba su cabeza. Todo esto fue imposible al ver que los perros pastores conseguían subir por donde el pequeño no había podido. Solo tuvo tiempo para mirar al cielo y decir con voz lo suficientemente alta, "por favor". Decidió entonces bajar por la otra vertiente de la montaña, justo al lado contrario de donde se encontraba el rebaño de ovejas. Su plan surtió efecto, los tres mastines dejaron de perseguirles. De lo único que tenía que preocuparse ahora es de la tormenta que amenazaba con estallar sobre sus cabezas. Por eso, bajaron hasta la frontera donde los brezos se convertían en altos arboles sin aflojar el paso, tropezando con pequeñas rocas y resbalando con la grava que el paso del agua había formado en algunas zonas. Es aquí donde, por primera vez tras mucho tiempo, nuestro protagonista pudo respirar tranquilo. Tomó aire, se agachó y, sonriendo, prometió al perro que lo llevaría de vuelta a su casa. Prosiguieron el camino pisando las huellas que ellos mismos habían formado hace ya aproximadamente una hora. El cansancio hacía que el

trayecto de vuelta aparentara ser más largo y monótono de lo que en realidad era, por eso el chico decidió parar en una pequeña caseta que había al borde de la pista de tierra. Se sentó al lado de una fuente de piedra en la que se advertía “agua no potable”. Ahora, tranquilo, sin peligros a la vista, tuvo todo el tiempo del mundo para tomar una bocanada de aire, quitarse las gafas, taparse los ojos con las manos y, finalmente, llorar a gusto. No vemos necesario explicar por qué lo hizo, nos limitamos a exponer que es aquí y no antes o después cuando sus sentimientos, cualesquiera que fuesen, afloraron en forma de lágrimas ante la atenta mirada del joven animal que, como ya antes había hecho, se tumbó cerca suyo, agotado.

A medida que iba recuperando la compostura también el tiempo parecía mejorar. El cielo estaba pintado ahora del azul más liso que se puede ver, no se divisaban ni siquiera unos ligeros trazos de blanco en él. Volvió a escuchar el canto de los petirrojos que solían habitar las copas de aquellos majestuosos pinos, que ya no se mecían al son del viento. La paz inundó el cuerpo de los jóvenes mientras comían y recuperaban fuerzas para seguir caminando. Todavía estaban lejos del pueblo así que, aprovechado el buen tiempo, decidieron continuar hacia el pie de la montaña. El chico se dio cuenta mientras bajaban que el perro estaba tan cansado que ahora se limitaba a seguirle de cerca y no a corretear como solía hacer, y así continuó hasta que oyó sonar su teléfono.

En la llamada quedaron claras algunas dudas que arrastraba desde que había conocido a su nuevo amigo y era hora de despedirse de él. Seguido a esto un coche se acercó y paró al margen de la carretera, que ahora era de asfalto. El dueño del perro, exaltado de alegría, recogió al perro entre sus brazos y lo mantuvo en ellos todo lo que pudo, casi como prometiéndole que nunca volvería a dejarlo solo. Dándole las gracias mil veces al joven, el hombre propuso a este ser su chofer hasta el pueblo pues, aunque allí pudieran llegar los coches, seguían muy lejos del valle, en el bosque profundo. El caminante declinó su oferta y se despidió de su compañero de aventuras. En silencio vio como el vehículo se marchaba, se mantuvo parado mirando al frente durante quizá más tiempo del que él tuvo constancia. Siguió caminando, debía terminar lo que empezó y efectivamente, lo hizo. Tras un largo rato andando llegó a casa justo a tiempo para la comida familiar, con los pies entumecidos. En su rostro no había sonrisas ni lágrimas, pero si se dejaba ver lo que algunas personas llaman “paz”. ebemos confesar. Aun en el día de hoy seguimos teniendo miedo de la cumbre, de lo fácil que es perderse en ella. Se nos encoge el corazón cuando pensamos en todo lo que pudo haber pasado y con la posibilidad de que vuelva a suceder. Volvemos a mecernos en un vaivén de las ideas del pasado y futuro que resuenan en nuestra cabeza, y muy pocas cosas nos alejan de este baile.

Sabemos que las últimas palabras dichas deben de ser escogidas con cuidado, pues de ellas también depende parte del recuerdo y, por

supuesto, nuestro sabor de boca final. Queremos con estas dejar claro que no contamos esta historia para aleccionar, ni mucho menos. Ni siquiera tenemos claro lo que alguien puede aprender de ella. Hemos narrado este periplo exacta y minuciosamente, no para mostrar un carácter exacto del mismo, sino porque nos parece que solo así le hacemos justicia. Por todo esto pedimos al lector que no pierda el tiempo interpretando los que hemos querido decir, pues quizá no haya nada que interpretar. Así pues, solo nos queda agradecer a este que haya leído todo lo que hemos tenido la ilusión de contarle y, cuidando las últimas palabras dichas, terminamos de contar un cuento ya contado.

Alejandro Pascual Hernández